

Ferran Iniesta

Emitai

Estudios de historia africana

Contenido

1. La cultura africana en el mundo

1.1. La cultura africana en el mundo: una visión general

1.2. La cultura africana en el mundo: una visión detallada

1.3. La cultura africana en el mundo: una visión crítica

1.4. La cultura africana en el mundo: una visión constructiva

1.5. La cultura africana en el mundo: una visión integradora

1.6. La cultura africana en el mundo: una visión holística

1.7. La cultura africana en el mundo: una visión sistémica

1.8. La cultura africana en el mundo: una visión integral

1.9. La cultura africana en el mundo: una visión completa

1.10. La cultura africana en el mundo: una visión exhaustiva

1.11. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.12. La cultura africana en el mundo: una visión final

1.13. La cultura africana en el mundo: una visión última

1.14. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.15. La cultura africana en el mundo: una visión final

1.16. La cultura africana en el mundo: una visión última

1.17. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.18. La cultura africana en el mundo: una visión final

1.19. La cultura africana en el mundo: una visión última

1.20. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.21. La cultura africana en el mundo: una visión final

1.22. La cultura africana en el mundo: una visión última

1.23. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.24. La cultura africana en el mundo: una visión final

1.25. La cultura africana en el mundo: una visión última

1.26. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.27. La cultura africana en el mundo: una visión final

1.28. La cultura africana en el mundo: una visión última

1.29. La cultura africana en el mundo: una visión definitiva

1.30. La cultura africana en el mundo: una visión final

edicions bellaterra

Diseño de la cubierta: Ferran Cartes / Montse Plass

© Edicions Bellaterra 2000, S.L., 2000
Espronceda, 304
08027 Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 84-7290-148-3
Depósito Legal: B. 39.474-2000

Impreso por Edim, s.c.c.l. - Barcelona

1

Culturas africanas. Caminos que no llevan a Roma*

*A Cheikh Anta Diop,
por su obra,
por su tenacidad,
por su optimismo.*

Quinientos años después de la acción transatlántica de Colón emprendemos una reflexión difícil, un debate que hoy resulta casi imposible. La euforia general del sistema cultural de Occidente, con un llamado Tercer Mundo sumergido en la miseria y un bloque socialista vertiginosamente descompuesto, nubla la visión tranquila y silencia las propuestas de sociedad que no sean las del progreso en libertad, tal como se le define por doquier. Ya no se trata de un triunfo militar, ni siquiera de una superioridad tecnoeconómica, sino de un modelo cultural, de un tipo superior e ineludible de sociedad. En semejante contexto, la discusión es casi una concesión generosa a los sistemas culturales derrotados, sin ánimo real de aprender de quienes fueron considerados incapaces de superar la confrontación con el modelo industrial capitalista.

No debe, pues, extrañar que nos encontremos hoy ponentes de culturas raras, desaparecidas o desahuciadas por los análisis de los expertos en procesos socioeconómicos. Nuestras conferencias y debates sobre las sociedades «no occidentales» pueden parecer una curiosidad etnográfica, o un repertorio ilustrado para catalogar pueblos salvajes en vías de extinción. Asumamos, pues, nuestro papel de museo racionalista creado por

* Ponencia presentada en las jornadas *La diversitat com a projecte de futur*, organizadas en junio de 1992 en Barcelona.

la voluntad uniformadora de la civilización autoproclamada universal. No se trata de implorar piedad para los pobres africanos ni tampoco de sugerir académicos planes de desarrollo que aportarán la modernización a los subdesarrollados, porque el subdesarrollo es creación occidental y porque en cuestiones relevantes las sociedades africanas son todavía envidiables.

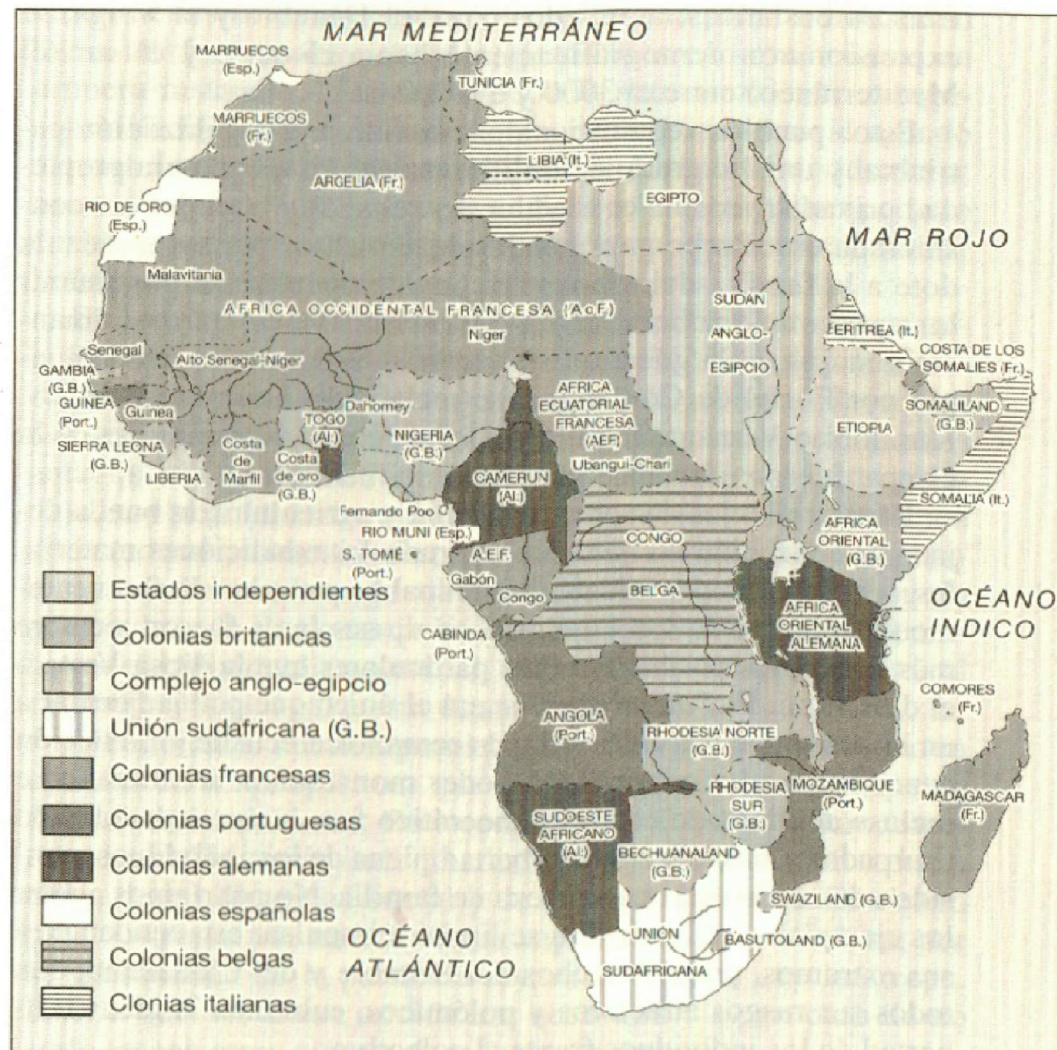
La vía occidental

Han existido numerosos procesos evolutivos en las culturas europeas u occidentales, desde hace unos tres mil años. Pero hay que admitir que una tendencia se ha ido imponiendo paulatinamente a través de siglos de conflictos sociales y de confrontaciones teóricas en el seno de las clases gobernantes. No es el objetivo aquí estudiar los tipos culturales puestos en minoría y finalmente desaparecidos de las sociedades occidentales. Basta con recordar que hubo enfrentamientos constantes y que no siempre la corriente individualista llevó la mejor parte. Nos referiremos a lo que Godelier ha llamado la peculiaridad occidental en la historia.

El origen del individualismo

No hay muchas dudas sobre el papel final y determinante jugado por el capitalismo y el pensamiento ilustrado, en los tres últimos siglos, en acelerar las tendencias individualistas en Europa. La resistencia de clase —campesinos, obreros— no dejó ver con nitidez el proceso de disgregación estructural que se estaba dando en la base misma de la sociedad, en la familia. Las organizaciones proletarias, pequeñoburguesas y burguesas sustituyeron en apariencia el creciente vacío y aislamiento de los individuos. Pero al final del ideal productor, a la salida de siglos de sudor y crispación, con un pacto social general sólo han quedado individuos, aislados física y moralmente.

Menos acuerdo hay en detectar el origen de esa peculiar tendencia de nuestra cultura occidental. Pero las nuevas hipótesis históricas tienden a fortalecer las ya viejas de un siglo: el área de las culturas septentrionales o de lengua indoeuropea habría sido la principal cuna del individualismo, con aspectos pronunciados hace ya tres mil años. Pueblos nómadas de las estepas



En 1885, durante la Conferencia de Berlín, apenas algunas zonas costeras estaban en manos europeas. En 1900, tras la batalla de Kussení, junto al Chad, todo el continente estaba colonialmente repartido. La trata de esclavos paralizó la fuerza social y la demografía. La colonización europea rompió los antiguos valores e introdujo el universo moderno con sus mitos de progreso e igualdad: un mapa enloquecido, de estados pretendidamente normalizados, es la mejor imagen de las dificultades de unas sociedades, con historias seculares, introducidas a la fuerza en una modernidad de fachada. La tradición bulle en la profundidad.

frías euroasiáticas, agrupados entre el Danubio y el Volga, se expansionaron demográficamente hacia el oeste y el sur (el Mediterráneo) entre el 3000 y el 1000 a.C.

Estos pueblos septentrionales poseían una organización patriarcal y un alto grado de militarización. El rebaño era propiedad privada (pecunia es el valor del rebaño) y la mujer era considerada un estorbo para los desplazamientos por su preñez: la dote a la familia del esposo era una compensación por asumir la «carga» de una hembra más, improductiva en la transhumanza e inapta en la guerra. Estas teorías, presentadas hace un siglo por Fustel de Coulanges, se reelaboran hoy por Georgiev, Kosambi o Vernant. Las culturas del Norte, euroasiáticas de la estepa, fueron nómadas, patriarcales y belicosas.

Pese a milenios de sedentarización y agricultura, la huella dejada por el molde nómada ha superado las condiciones materiales, y el derecho patriarcal o individual ha prevalecido frecuentemente sobre el de los estados. Los dioses lares fueron siempre más venerados por las familias particulares que la diosa Vesta o el dios Agni. El *Pater Familiae* era el único que podía ejecutar a un hijo, sobre cuya vida el estado romano carecía de jurisdicción aunque fuese un criminal. El poder monárquico, aristocrático e incluso del llamado estado democrático fue siempre considerado usurpador y limitador de la libertad plena de los individuos, considerados como varones cabeza de familia. No podríamos agotar los ejemplos. La ilustración se limitó a impulsar esta tendencia a sus extremos, y los Derechos del Hombre y del Ciudadano, con todos sus rasgos atractivos y polémicos, culminan la idea de libertad de los individuos frente al colectivo.

La razón contra el cosmos

La identificación del ego «liberado» con la «nada» nos parece corresponder a las últimas posibilidades de la metafísica occidental, más allá de las cuales resulta imposible abrirse camino en la misma dirección, porque ya no hay NADA que descubrir siguiendo esa ruta.

Georges Vallin, *La pensée non-dualiste*, 1987

El racionalismo hunde sus raíces también en ese pasado milenario. Probablemente se originó en las sociedades septentrionales, establecidas en un ecosistema poco benigno; más que sentimiento de pertenecer a la naturaleza circundante, el indi-

viduo de las estepas desplegó sin duda una patente hostilidad hacia los fenómenos naturales, percibidos como amenazas en primera instancia. Esta ruptura con la naturaleza, este antagonismo facilitó un distanciamiento mental respecto al mundo natural. La organización intrasocial, patriarcal e individualista, se construyó simultáneamente en base a la desconfianza contra cualquier precedencia o jerarquización que pudiera cuestionar la feroz independencia de los jefes familiares.

El pensamiento ilustrado del moderno Occidente ha proseguido ese camino, hasta llegar a afirmar la absoluta anterioridad del individuo (Rousseau) respecto a la sociedad, la voluntad de imponer el orden racional sobre el natural, considerados antagónicos e irreconciliables. La base filosófica de esta posición, hoy popular en las sociedades occidentales, es la afirmación de la radical no identidad entre cosmos y humanidad. Las posiciones de Sartre, la angustia del individuo abocado al absurdo por encima de ilusiones políticas, representan una de las cumbres del individualismo social, cuya expresión filosófica es el racionalismo en cualquiera de sus variantes.

Ciertamente, nuestra propia cultura no es resumible en un cúmulo de despropósitos, que quedarían resueltos felizmente en sociedades distintas. Pero constatamos el aspecto duro, amenazador del binomio individualismo-racionalismo, con toda su carga de insolidaridad social y de angustia psíquica. Es el alto precio a pagar por nuestra épica ruptura con la naturaleza, por la sublevación de la partícula contra el cosmos que la arropa. Habría que ver si esa opción era necesaria y si, en caso de no serlo, caben otras vías de despliegue humano.

A propósito de la esquizofrenia cultural

Las postrimerías de este segundo milenio, coyunturalmente dominado —puede que durante dos siglos— por las necesidades de una revolución técnico-instrumental, son las de un mundo enfermo por la tradición cultural de filosofías totalitarias, nacidas históricamente en el mundo semita occidental.

Pathé F. Diagne, *L'europhilosophie face à la pensée du Négro-Africain*, 1981

Estamos viviendo el derrumbamiento de la variante socialista del sistema occidental moderno, nacional-productivista.

En plena ilusión de numerosos pueblos, justa y comprensible, la variante central o liberal lanza al vuelo las campanas, anunciando el fin de los tiempos (de socialismo y miseria) y el imperio mundial de la sociedad individualista, libre y consumista. Pero puede que los árboles no dejen ver el bosque. No vamos a justificar la barbarie estalinista –que algunos parecen descubrir hoy– ni a buscar encantos en una burocracia dictatorial que no tuvo muchos. El bosque es la realidad fundamental de la sociedad desarrollista –llámese capitalista o socialista– y esa realidad se llama vacío, soledad, absurdo, angustia. Insistamos: las ramas del caído muro de Berlín ocultan la negrura pavorosa del bosque occidental el del Este y el del Oeste.

En nombre de la Razón y de los Derechos del Hombre, nuestra cultura acusa a las restantes por sus infracciones al sagrado derecho de la igualdad entre los humanos. No puede haber esclavos, ni mujeres mutiladas, ni desigualdad alguna ante la ley. Nuestro discurso es fuerte, claro, coherente, salido de una milenaria tradición de crítica y lucha contra el poder y los poderes.

Nuestro ataque al salvajismo de los otros se debe a que en el orden jurídico nosotros somos igualitarios, mientras que los no occidentales son jerárquicos. ¿Acaso alguno de nosotros, en momentos de lucidez, no se ha dado cuenta de que el discurso oficial de igualdad está encubriendo una desigualdad social escandalosa? ¿Acaso ignoramos que un niño nacido en La Mina¹ ha perdido ya el 90 % de sus posibilidades en esta sociedad y que el que ha venido al mundo en Santa Coloma² tendrá que pelear en condiciones desfavorables para alcanzar resultados medianos?

Vivimos en una sociedad poderosa, dominante, atractiva por sus éxitos tecnológicos y económicos, encumbrada en los últimos quinientos años mediante el saqueo del resto del mundo y la explotación sin precedentes de los propios pueblos occidentales. Ahora se vive en la opulencia generalizada, incluso en una marginalidad con seguridad social.

Pero es una sociedad que se acerca peligrosamente a la esquizofrenia cultural, a la escisión mortal entre discurso oficial y comportamiento social, entre sueños millonarios y mediocridad general. Y, por si fuera poco, pretendemos dar lecciones de comportamiento a pueblos que ni esquilmaron a otros continentes ni amenazaron la misma vida del planeta por el estúpido placer individual –¿placer sagrado?– de la nevera y el tubo de escape de nuestros coches. Que nadie sostenga la vulgaridad de

que si ellos hubieran vencido habrían hecho lo mismo, porque ni pretendieron vencer ni tienen una concepción tan bárbara que pueda anteponer el placer inmediato de un individuo al bienestar humano general. No parece que nuestra preocupación fundamental sea hacer caridad hacia los no occidentales ni dedicarnos a estudiar sus curiosidades: va siendo hora de que empecemos a preguntarnos por qué lo más curioso, e inquietante, de la humanidad somos nosotros. Puestos a pensar en rarezas, pensemos en nosotros mismos. Es una sugerencia. Urgente.

Las vías disidentes

En realidad, hablar de vías disidentes es una concesión al pensamiento hegemónico, que concibe a los otros pensamientos como meros fenómenos de resistencia, como residuos de culturas desaparecidas o en vías de desaparición. Nos guste o no, gozamos de las ventajas de pertenecer a la cultura dominante hoy: usemos, pues, el término de disidencia para aludir a otras formas de vivir y pensar.

Por supuesto, en la historia de las culturas sólo hay dos tipos de disidencia: la que representan los «otros» y las propuestas contestatarias de la propia sociedad. Aunque hablemos de África y del islam, la reflexión sobre la disidencia exterior es una invitación a la disidencia interior en Occidente. Sería ingenuo pensar que la mirada hacia el Otro es una simple extroversión neutral: no hay neutralidad cultural, y el estudio del Otro es siempre un bumerang que retorna hacia el pretendido observador objetivo.

Naturaleza y jerarquía

El pensamiento oficial, vestigio formal y caricaturesco de una Ilustración antaño vigorosa, proclama la igualdad democrática como norma universal. Ese ideal de fraternidad, construido por las mismas culturas que estaban aplastando en el planeta cualquier disidencia, no concibe otra igualdad que la de los propios valores y normas. Por ello, el universalismo que Occidente preconiza es simplemente su particularidad individualista e insolidaria, presentada con aspectos de solidaridad esencial y suprahistórica. Mientras, para muchos en nuestra so-

ciudad, los Diez Mandamientos o la moral esclavista resultan caducos, los Derechos Humanos son imperecederos y no cabe la humanidad fuera de sus principios igualitarios tal como se han definido las constituciones de Filadelfia en 1776 o París en 1789. Es curioso que la civilización que con mayor fuerza ha negado su pertenencia a la naturaleza, que se vanagloria desde hace siglos de construirse como artificio de la conciencia, sea la misma que predica hoy una esencia humana inamovible desde la cual se puede encausar a todos los grupos de la especie que –sorprendentemente– no cumplan con los requisitos humanos básicos.

Hablemos, pues, de desigualdad y jerarquía, recordando la esquizofrenia que supone afirmar su injusticia en las constituciones y comprobar cómo se levantan las pirámides sociales en nuestro mundo moderno. ¿Acaso no es preferible el discurso africano de la desigualdad social, justificado como un reflejo humano de las jerarquías cósmicas? De nada sirve afirmar que esa desigualdad natural no existe, porque esa justificación no es peor que la que nos habla de democracia encubriendo brutales desigualdades. África ha luchado regularmente contra los privilegios abusivos de reyes y potentados, como Europa lo ha hecho contra las prebendas de aristócratas y burgueses; pero las soluciones han sido distintas porque los razonamientos contra el poder también lo fueron: en términos africanos, el poder es fruto inevitable de la desigualdad de fuerzas –cósmicas o sociales–, y el esfuerzo colectivo debe orientarse a la positivización de cualquier jerarquía, variándola o limitando su peligrosidad.

La acusación de fatalismo, rápidamente formulada por el igualitarismo occidental, tiene cierto fundamento, pero sólo hasta cierto punto. Para el pensamiento africano clásico, la realidad se presenta de modo concreto y con aspectos de multiplicidad diferenciada en todos los seres que nos rodean: el río, el viento, el buey o el humano son elementos particulares de la gran unidad de conjunto que es el cosmos o entidad global. Ese pensamiento se ha movido siempre, hasta hoy, entre la percepción inmediata y tangible de lo que nos rodea, concebido como un sinfín de energías limitadas, y una comprensión mítica de la profunda unidad de todos esos seres concretos en la unidad del gran ser universal: animismo y cosmocentrismo son los términos acordados habitualmente a cada extremo –concreto y abstracto– del pensamiento negroafricano.

Lo que ni por un instante han hecho las culturas meridionales ha sido separar a la humanidad de la naturaleza y, menos aún, colocar al humano como centro y medida de todas las cosas, porque siempre han tenido consciencia nítida de que la parte —humanidad— no puede regir el todo. Ésa ha sido la causa de una búsqueda, simbólica y política, de sistemas de armonización de la sociedad en los circuitos naturales y de los grupos de intereses en el seno de la colectividad: desigualdad, juzgada inevitable, pero paliada por los mecanismos éticos y políticos que obligan al poder a asumir su función protectora (y no meramente de goce del privilegio).

Porque ¿quién negará las diferencias —desigualdades— en fuerza física, mental, artística o de voluntad que han recorrido siempre las sociedades humanas, tanto en el plano individual como en el de los agrupamientos internos? Habría que estar ciego o falto de coraje para silenciar este dato, que, sin embargo, es la clave de cualquier sociología: Occidente lleva milenios inventando paraísos religiosos primigenios, comunismos naturales de primera hora y sociedades armoniosas anteriores al excedentarismo del Neolítico. Nadie logra convencernos de las sutiles añagazas que permitieron al diablo, a la propiedad privada o al excedente romper con la felicidad inmaculada de nuestros ancestros. No, ese discurso de retorno al paraíso no sirve, porque seguramente ese jardín del Edén nunca existió, porque jamás hubo inmovilidad, ni siquiera igualdad. Y, no obstante, las sociedades que más predicán la igualdad y el retorno a la democracia original resultan las más ferozmente jerarquizadas y generadoras de desigualdad a escala mundial, desde hace ya quinientos años.

El problema no es el debate sobre esencias iguales o desiguales, sino la opción cultural por un individualismo desenfrenado, predador en términos ecológicos y sociales, o por sociedades holistas en las cuales las diferencias puedan amortiguarse por un profundo sentido ético del compromiso colectivo. Es absurdo tratar de explicar que los poderes de Occidente son simples «mandatarios» de una difusa voluntad colectiva, y ya va siendo hora de que se les defina por lo que son: poderes y, por lo tanto, expresión de desigualdad. Las sociedades africanas, hoy y antes, no fueron encarnación de ninguna Idea hegeliana o Perfección definitiva, como ya indicó el antillano Césaire, simplemente han existido sin ocultar las diferencias, pero peleando siempre para lograr que éstas fueran vivibles y, sobre todo, útiles.

***Umma* y arabismo. La democracia islámica**

No es posible hacer una defensa en línea de cualquier mono-teísmo excluyente, sea el judaísmo, el cristianismo o el islam, por todo lo que han significado de intolerancia en las ideas y de agresión para los diferentes a lo largo de la historia: así perecieron cananeos, paganos y cafres, al menos en su entidad cultural. No obstante, habría que hacer algunas reflexiones sobre la no identidad entre Occidente y la *Umma*, la fraternidad de los creyentes musulmanes. África ha conocido la propuesta de Muhammad desde el siglo VII d.C. al norte del Sahara y desde los siglos IX o X al sur y en la costa oriental. Con la flexibilidad que caracteriza a las sociedades negroafricanas, éstas incorporan la nueva fe sin generar graves conflictos internos ni guerras santas, inhallables pese a los esfuerzos loables de numerosos autores coloniales (que así trataban de justificar sus propias guerras de conquista): hasta los siglos XVIII y XIX, el islam al sur del Sahara fue un componente más del poder sin resultar excluyente. En el norte, frontera con Occidente, la crispación fue mayor y la militarización resultó fundacional.

Pero incluso en el mundo árabo-bereber, donde la concepción musulmana ha sido más totalizante e intolerante respecto a otras formas de creencia y comportamiento, la cohesión social ha sido mayor que en Europa durante siglos. Como analizó Rodinson, no hay razones teóricas en el Corán que expliquen el «retraso» económico del mundo musulmán respecto al occidental; pero, si retomamos los estudios de Weber sobre la ética protestante como motor del capitalismo, puede que comprendamos que la distancia entre Occidente e islam viene marcada por el mayor sentido de colectividad del segundo sistema: la *Umma* no reconoce fronteras entre musulmanes ni entiende que el estado pueda sobrepasar los límites de una administración al servicio de una comunidad islámica.

De ahí la debilidad relativa de los estados musulmanes y su fragilidad ante los estados medievales cristianos, poderosamente desiguales en su seno y militarizados en un alto grado. De la alianza entre poderes feudales triunfantes —en el siglo XI— y burguesía mercantil surgió la característica agresividad exterior occidental; antes incluso de las primeras cruzadas: la *guerra di corsa* practicada por Pisa y Génova forzaba un comercio desigual desde la superioridad militar. Mucho antes de la circunnavegación de África y de la conquista de América, la Europa

medieval se enriquecía ya mediante esa curiosa combinación de extorsión tributaria interna y hegemonía militar externa. La afirmación de que, si Occidente no lo hubiera hecho, otros lo habrían realizado antes pretende encubrir que el «espíritu» capitalista es un hecho particular en la historia y, como tal, carente de paralelos.

Muhammad, que siempre juzgó lícito el beneficio comercial pero no la usura, nunca sostuvo que la acción individual o de poder pudiera perjudicar a la comunidad de fieles. Tras quince siglos, cinco de los cuales fueron de hegemonía europea, el mundo musulmán al norte del Sahara se debate entre la vieja idea ummista y la nueva del nacionalismo de estado. El fracaso aparente del ummismo es su debilidad frente a la potencia económica y militar de Occidente, pero su fuerza es la llamada insistente a la cohesión y a la fraternidad. En cuanto al nacionalismo, por lo general de reivindicación árabe o arabizante, tiene su atractivo en la promesa de un «desarrollo» al estilo occidental que acabe con la inferioridad de la Nación árabe; pero sus fracasos reiterados refuerzan las muy diversas tendencias ummistas, débiles como partidos pero pujantes como realidad popular. El gran riesgo del ummismo es la intolerancia —que fue escasa en épocas antiguas— y construirse como verdadero polo caricaturesco de Occidente. El gran riesgo del nacionalismo árabe, mimético de Occidente y de nula creatividad como alternativa, sería que lograra liquidar el fuerte sentimiento de colectividad que aún late en el *Dār al-Islām*. Sería, pues, un error seguir afirmando que el mundo musulmán tiene su futuro inevitablemente decidido: los nacionalistas no han resuelto nada.

Resistencias y proyectos

Durante doscientos años, el pensamiento desarrollista no se ha cansado de explicar —a auditorios favorables— que las revueltas internas y las externas contra el inevitable progreso de toda la humanidad eran y son simples resistencias románticas o cerriles destinadas a desaparecer. Así, los cantores de la suprema libertad individual, de los derechos sagrados del ciudadano, siguen explicando que la libertad consiste en seguir el único camino de la especie, el del desarrollo capitalista y su tecnología divinizada: curiosa libertad, la de seres fatalmente destinados a cumplir leyes de la historia, de la economía o de la

naturaleza. Hay algo que apesta a podrido en el discurso progresista, que huele a cadáver mal enterrado desde aquel presuntuoso y optimista siglo XIX, en el que el evolucionismo determinista hacía furor y el determinismo economicista llamaba al proletariado a morir para producir más, mejor y en menos tiempo un paraíso de abundancia.

No cabe duda de que el mito del progreso, del triunfo individual, del bienestar occidental siempre creciente atrae a sectores jóvenes de las restantes sociedades, dispuestos a perder la vida ante las costas italianas, españolas o en las aguas norteamericanas del Río Grande, un Sur que se ahoga en pos del mito del Norte. Ello consolida el discurso desarrollista. Las crisis del Sur, sus revueltas, el fracaso del estado neocolonial en África sigue siendo interpretado con un displicente concepto de «resistencia» ante la implantación ineludible de todos los mecanismos del desarrollo capitalista. Se olvida que el término resistencia ha sido generado por el academicismo –progresista– sin preocuparse por la lógica interna y la orientación profunda de la pretendida resistencia: la voluntad ummista, el movimiento resocializador de las hermandades sufíes musulmanas, la progresión de las Iglesias independientes, los reagrupamientos culturales mal estigmatizados como étnicos, las economías «informales» que integran más del 70 % del quehacer cotidiano, todo ello desborda la mera resistencia porque posee su propia lógica y despliega su propio sueño de futuro.

El estallido de violencia que, en los últimos años, ha sacudido periódicamente el socialismo malgache hasta desahuciarlo se conoce con el término austronesio de *rotaka*. Vistos desde el observatorio hegemónico capitalista, los *rotaka* son simples convulsiones o resistencias ante la ardua tarea de modernizar una sociedad primitiva o retardataria; un gobierno liberal, menos represivo, podría limitar semejantes crisis. Pero no es nada seguro que el *rotaka* carezca de objetivos propios: la limpieza de los agentes de un estado escasamente legítimo, el odio contra un modelo brutalmente desigual en nombre de la democracia (socialista, en este caso), y la voluntad de grupos diversos de establecer otras bases sociales y otra ética colectiva. Así fue cuando grupos practicantes de kung-fu liquidaron a la policía paralela del régimen en pleno entusiasmo popular, a finales de 1984: la defensa de los más pobres, el sentimiento de solidaridad y el respeto a la palabra dada labraron el prestigio de aquellos jóvenes de barriada, apasionados de los filmes *made in*

Hong Kong; el movimiento fue destruido por el ejército, pero no su mito ni su sueño de un sistema distinto. Hablar de resistencia resulta insultante y propio de ese progresismo –liberal o socialista– que sigue menospreciando la diversidad de opciones, formas, conflictos y esperanzas.

A quienes se han pasado treinta años dando a los estados africanos independientes todo tipo de recetas desarrollistas, es hora de recomendarles silencio, si algo de vergüenza les queda aún. El estado poscolonial en África, pese a no carecer totalmente de legitimidad (en contraste con el estado colonial), ha fracasado en sus intentos occidentalizadores, primero con el desarrollismo y ahora –previsiblemente– con el democratismo que aportará el Bien del desarrollo capitalista: sólo un mayor conocimiento y respeto de los occidentalizados (árabes y negros) por sus propios pueblos podrá articular de forma positiva viejas tendencias y nuevas propuestas de sociedad. Pero lo hecho en treinta años ha sido un espectacular desastre, del que sólo han escapado parcialmente aquellos gobiernos poco o nada intervencionistas, justamente tachados de estados «blandos».

Precisamente es la cultura racionalista e igualitaria la que mayor desprecio muestra hacia las tendencias populares, a las que define como resistencias o movimientos conservadores. Los dirigentes modernizantes africanos precisan también un baño de humildad y reflexión, antes de tratar de salvar culturas que apenas han respetado. Hay que participar, modestamente pero con toda la energía de la honestidad, en el cuestionamiento que ya se ha iniciado en otras zonas del planeta de lo que han sido los beneficios de quinientos años de determinado progreso. Empecinarse en medidas estatalizantes sin cuestionar el modelo occidental no hará sino atizar mayores *rotaka*. Estamos en el momento del coraje, y éste exige admitir que había, hay y habrá otros caminos para una humanidad diversa como el arco iris. Luchar por una sociedad definitivamente modélica sólo aumentará el sufrimiento. Frente a ella siempre habrá rebeldes y soñadores.

NOTA DEL AUTOR: Los caminos de la diversidad están amenazados y las culturas del Sur corren peligro inminente: Occidente es su fuente principal de empobrecimiento. Ésta es una invitación a los amigos africanos de doble pensamiento (meridional y occidental) a unirse con urgencia a nuestro esfuerzo

por una refundación de Occidente como cultura. A todos nos va en ello el futuro.

Notas

1. La Mina es un suburbio paupérrimo de Barcelona, construido en pleno desarrollismo franquista y hoy en aguda marginalidad.
2. Santa Coloma de Gramanet es una población del área metropolitana barcelonesa, agigantada en ciudad dormitorio y con una elevada población proletaria inmigrada.